

Resurrección



Segunda edición en REINO DE CORDELIA, noviembre de 2023

Título original: *Воскресение* (1899)

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es

  @reinodecordelia  facebook.com/reinodecordelia

 <https://www.youtube.com/c/ReinodeCordelia01>

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 5º pta. 24

28003 Madrid

 El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

Traducción, edición e introducción de © Víctor Andresco, 2019, 2023

Sobrecubierta: Detalle de *Despidiendo a un recluta* (1879), de Iliá Repin

Cubierta: Detalle de *Esperando la bendición* (1891), de Nikolai Pimonenko

IBIC: FA | Thema: FBA

ISBN: 978-84-16124-71-5

Depósito legal: M-32042-2023

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in the European Union

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Resurrección

Lev Tolstói

*Traducción, introducción y cuidado de la edición
de Víctor Andresco*



Índice



<i>Introducción</i>	
Unidad y diversidad de Lev Tolstói	9
PRIMERA PARTE	15
SEGUNDA PARTE	187
TERCERA PARTE	331

Unidad y diversidad en Lev Tolstói

¿Quién toca, pues, las campanas de Roma?

El espíritu de la narración

THOMAS MANN

I

CON SESENTA AÑOS CUMPLIDOS, Tolstói llega a 1889 sin ser ya el mismo autor de *Guerra y paz* o de *Anna Karénina*. Ese año comienza a redactar el primero de muchos borradores destinados a contar la tormentosa historia del príncipe Nejlíúrov y su antigua criada Katia Máslova, para lo que necesitaría varias versiones y todo un decenio hasta dar con la versión definitiva de *Resurrección* (1899). Toda la actividad *social* del escritor —diversificada hasta entonces en la pública denuncia de la injusticia, la búsqueda de una nueva pedagogía y la inquietud por la fractura entre la emergente cultura urbana y la dominante tradición rural en Rusia— reflejará con precisión durante esos diez años su más honda preocupación espiritual, entendida como sinónimo de humana. Tolstói ya no es el mismo cuando decide escribir *Resurrección* y esta constatación, tan próxima a la lógica y sin embargo tan insistentemente subrayada por la crítica cuando se refiere al autor de *La muerte de Iván Ílich*, lleva implícita la no menos importante evidencia de que cuando terminó de escribir la que se considera como «la última de sus tres grandes novelas» —dejando de lado que entre su obra posterior figura incluso *Hadjí Murat*—, tampoco era ya el mismo. En otras palabras, *Resurrección*, como su autor, es también —entre otras muchas virtudes que la convierten en una de las obras maestras de la literatura universal— la demostración de que ni siquiera el lector es ya el mismo cuando termina de leer un libro, aunque para dotar de pleno sentido a la conocida afirmación haga falta que la obra, como las palabras sobre las que se ha generado, sea un sistema *lleno de contenido* o, cambiando de proveedor de imágenes, que esté dominado por el espíritu de la narración.

La historia de *Resurrección* es la historia de la aristocracia rusa puesta contra las cuerdas de su inconsecuencia y el papel reservado a Nejlíúdiv como protagonista es el relato de la oportunidad perdida por la clase dominante para revisar su límbica situación, abolida la esclavitud, en un siglo que canta su fin en cada episodio de su sangriento transcurso.

El héroe que se sobrepone a sí mismo y a su circunstancia a lo largo de la novela consigue serlo de forma efectiva, como la propia trama, a partir de ese *señorito* apuesto y malicioso que está a un paso de ingresar en el selecto club del *hombre superfluo* (*lišni chelovek*) al que Goncharov había dado carta de naturaleza con *Oblómov* en 1859. Solo su encarnación del espíritu de la narración le permite salir del marasmo al que estaba condenado y gracias al cual el mismo Tolstói saca adelante un proyecto que durante mucho tiempo no pasó de eso, lejos de ser argumento suficiente para una novela de cuatrocientas páginas. Se atribuye precisamente al momento en que el escritor comprende el sentido global de la transformación del protagonista frente a Máslova en la agónica autarquía del imperio ruso, el impulso definitivo para la elaboración de *Resurrección* como la novela del arrepentimiento, de la toma de conciencia, de la catarsis.

Sobre este valor catártico se han vertido ríos de tinta en los que se dibujan las más variadas opiniones (y entre ellas, felizmente, los imprescindibles análisis de los mejores críticos de todo el siglo, desde Romain Rolland hasta George Steiner, pasando por György Lukács o Isaiah Berlin), pero quizá no esté de más recordar la idea que Georges Nivat desarrolla en su prólogo a la edición francesa de la novela¹. Recuperando la expresión de Stefan Zweig según la cual las novelas tolstóianas son «curas de desilusión», Nivat explica la evolución de las versiones de la novela entre 1890 y 1899: en todas ellas Nejlíúdiv es el joven heredero que sirve de eje a la narración —como había sucedido en toda la obra mayor de Tolstói— pero al final, ante la redacción definitiva, además de funcionar como protagonista acaba cediéndole su puesto al motor de su historia. Nejlíúdiv podría haber terminado por triunfar o fracasar, pero la ausencia de rencor, su resurrección en el nuevo producto de una realidad tan real en la novela como irreal en la vida le otorgan personalidad propia y bien singular como protagonista de un siglo que comienza sin que se haya liquidado el anterior (fenómeno que por otro lado tendrá sus consecuencias más visibles a ojos del mundo entero en la propia Rusia y durante muchos años). La mejor imaginación liberal se había puesto al servicio de una utopía demasiado necesaria.

¹ Lev Tolstói, *Resurrection*, traducción de Édouard Beaux, prefacio de Georges Nivat, París, Gallimard, 1996.

II

PRECURSOR DE LA URBANIZACIÓN DEMOCRÁTICA, Tolstói da a conocer *Resurrección* en la revista literaria *Niva*, conmocionando enseguida a buena parte de una sociedad no acostumbrada a digerir peripecias biográficas como la de Nejliúrov y aún menos a que el telón de fondo del relato fuesen las sangrientas diatribas con que Tolstói despacha a la *troika* del poder en Rusia: «curas, banqueros y militares», por utilizar una figura de honda raigambre también en nuestro siglo.

Si al menos Tolstói hubiera renunciado a algo de su calculado y vitriólico sentido del humor, la ira de la jerarquía —sobre todo eclesiástica— habría podido encontrar mejor acomodo ante el éxito de la novela, pero su autor no ahorró un solo matiz de su preciso verbo para retratar los contextos de la relación entre Máslova y Nejliúrov. No solo no lo hizo sino que continuó su cruzada personal en forma de cartas y opúsculos contra la burocratización de la Iglesia y en 1901 fue excomulgado por el Santo Sínodo.

El descarnado sentido del humor que late a lo largo de la obra deja al descubierto todo el absurdo sobre el que descansa el orden social contra el que Nejliúrov agota sus fuerzas. Precisamente cuando el héroe se siente desfondado ante la resolución sobre el indulto de Máslova y la crítica situación carcelaria, casi al final de la narración, Tolstói aprovecha la menor descripción para constatar, casi a lo Moratín, que en Rusia una *grande dame* «hablaba el francés a la perfección y bastante mal el ruso» mientras el inglés que estaba invitado en su casa hablaba «extraordinariamente bien y con gran elocuencia su propio idioma». Todo retrato de la aristocracia conlleva su dosis de brutalidad, pero el que hace aquí Tolstói es, además, una crónica sin concesiones sobre esa clase que al hablar se limita a «satisfacer una necesidad fisiológica —aparte de comer— de mover los músculos de la lengua y la garganta».

Fue, sin embargo, la arrolladora recepción de *Resurrección* en todo el mundo lo que marcó un hito en la novela moderna y lo que situó a Tolstói en los orígenes de la perspectiva contemporánea de la literatura como elemento formador de la conciencia. Si es más conocido entre nosotros el entusiasmo que la obra provocó en Francia, Inglaterra y Alemania (en España, Clarín la consideró en 1900 —contra la renuente opinión de muchos críticos— la más conseguida de las novelas de su autor), bueno es recordar que las traducciones se multiplicaron en muy pocos años a la mayor parte de lenguas y que por ejemplo en Japón ya en 1908 *Resurrección* era utilizado como libro de texto incluso en las academias militares. El crítico K. Riejo²

² *Román tolstovo «Voskresenie», istóriko-funktsionálnoie islédovanie*, Moscú, Naúka, 1991.

atribuye al hecho de que Tolstói contase lo sucedido a sus héroes desde el mismo punto de vista de millones de desposeídos (y evidentemente, y de forma fundamental, de las mujeres) el que en algunos países las versiones de la novela circularan con títulos diferentes al original, como en el caso de Corea, donde se llamó *La terrible historia de Katiusha* o de Turquía, donde recibió simplemente el nombre de *Katia*.

En todo caso, *Resurrección* es una de esas novelas que determinan la complejidad de los límites entre los siglos XIX y XX, factor que en Rusia tiene una importancia esencial por su proximidad a esos *epicentros de la modernidad* política y artística tan claros para la humanidad como las revoluciones de 1905 y 1917, o la asombrosa transformación de la herencia decimonónica en un abanico de vanguardias que hoy siguen manteniendo un deslumbrante diálogo con artistas de muy diversos lugares y disciplinas.

III

DESPUÉS DE UNA LARGA e intensa vida, pródiga en enunciados y en actos, Tolstói parece convencido por la aseveración de que la esencia de la fe es ser parco en palabras y abundante en hechos y se vuelca en una serie de proyectos literarios, entre los que se incluye *Resurrección*, capaces de materializar su anhelo de una sociedad más justa. Para ello renuncia a la mayor parte de sus derechos de autor y en el caso concreto de la novela cede los beneficios a los *dujobory* (*luchadores del espíritu* que continúan la tradición racionalista surgida en Ucrania en el siglo XVIII), a los que le une el rechazo de las formas tradicionales de culto religioso y con quienes comparte la certeza de que la revelación de Dios se produce en el interior del hombre, por lo que la vida de cada persona es la primera prueba de una existencia superior. Esa es, además, la base del principio de la excelencia personal, uno de los pilares básicos de la fe entendida como doctrina común revelada a lo largo de la historia a la vez que como estudio y vía de conocimiento, y representa, sin duda alguna, la más antigua y fértil de las obsesiones personales del escritor de Yásnaia Poliana.

A su modo también, Tolstói defiende que la fuente de toda erudición es el conocimiento de Dios, y así se vuelca en el desarrollo de planes pedagógicos que han merecido opiniones de muy diversa índole pero que han dejado una referencia inequívoca de la voluntad purificadora de Tolstói, síntoma al fin de un momento de cambio crucial en la sociedad.

El camino de perfección de Nejliúdiv, que comienza siendo un aristócrata en el límite del parasitismo social y termina transformándose por completo y triunfando

al menos en su pretensión de cambiarse a sí mismo si no es capaz de cambiar la sociedad, constituye un hecho muy importante cuya sombra se cierne sobre la mayoría de las tentativas revolucionarias del siglo XX, organizadas desde la idea de que cambiar la sociedad es viable sin cambiar a quienes la componen.

La obsesión de Tolstói por la unidad —tanto en el plano de la creación literaria en general como en la narración novelística en particular, por un lado, y en el campo del pensamiento filosófico y de la armonización de las certezas de tipo espiritual, por otra— estaba irremediamente condicionada por la diversidad que él mismo representaba. Su origen, su medio social, su inquietud, el largo y hondo trabajo de investigación y creación prosística, sus incursiones —verdaderamente exploradoras, con independencia de los resultados— en el terreno de la pedagogía, sus averiguaciones sobre las condiciones de reforma social —también al margen de lo que dieran de sí en los años inmediatos—, su creciente y nunca extinto magnetismo, le convirtieron muy pronto, como le había sucedido a Pushkin en el concreto ámbito de la poesía rusa, en el primer y singular fruto de la diferencia. Todas las teorías, como la que postula la coexistencia de dos personalidades antagónicas en un Tolstói *bicéfalo*, o la que se ha esforzado en oponer a Tolstói y Dostoievski a lo largo del tiempo, deben tamizarse por este factor ineludible de su realidad como escritor y como hombre, y por consiguiente como figura pública de amplísimo espectro. Su lucha por la unidad es la encarnación del principio mismo de la diversidad, y todas sus contradicciones no son más que apuntes, atisbos, llamadas de atención hacia la complejidad, la hondura y la calidad de uno de los prosistas más intensos y de uno de los espíritus más productivos de la cultura rusa de todos los tiempos.

VÍCTOR ANDRESCO
Tokio, 2023



Primera parte

«Entonces Pedro, llegándose a él, le dijo: “Maestro, ¿cuántas veces tendré que perdonar a mi hermano que me haya ofendido? ¿Hasta siete veces?”».

«Jesús le contestó: “No te digo hasta siete, sino hasta setenta veces siete”».

SAN MATEO, 18: 21-22

«¿Por qué miras la paja en el ojo de tu hermano y no reparas en la viga que está en el tuyo?».

SAN MATEO, 7: 3

«El que de vosotros esté libre de pecado arroje contra ella la primera piedra».

SAN JUAN, 8: 7

«El discípulo no está por encima de su maestro, pero cualquiera que fuese como el Maestro será perfecto».

SAN LUCAS, 6: 40

I

EN VANO SE ESFORZABAN cientos de miles de hombres, hacinados en un pequeño espacio, en esterilizar la tierra que los sustentaba, cubriéndola de piedras, para que nada pudiera germinar, y arrancando las hierbecillas que pugnaban por salir; en vano impregnaban el aire con humo de carbón y petróleo; en vano talaban los árboles y exterminaban a los animales y los pájaros, porque, incluso en la ciudad, la primavera era siempre primavera. El sol resplandecía, la hierba —resucitando— crecía y verdeaba por todas partes donde no la habían quitado, no solo en los céspedes de los bulevares, sino incluso entre los adoquines del empedrado. En los álamos, abedules y cerezos silvestres despuntaban hojas pegajosas y perfumadas; los brotes de los tilos estaban a punto de reventar; las cornejas, gorriones y palomas construían sus nidos con alegría primaveral, y las moscas —al calor del sol— zumbaban junto a los muros. Estaban alegres las plantas, los pájaros, los insectos y los niños. Pero los hombres —los hombres mayores, hechos y derechos— no cesaban de engañarse y atormentarse. Consideraban que lo sagrado e importante no era aquella mañana de primavera ni la belleza del mundo creada por Dios y concedida para dicha de todos los seres vivientes —belleza que predisponía a la paz, a la armonía y al amor—, sino lo que ellos mismos habían inventado para dominarse unos a otros.

Del mismo modo, en la oficina de la prisión provincial no se consideraba sagrado ni importante que se hubiese concedido a los hombres y animales la alegría y esplendor de la primavera; lo sagrado e importante era que la víspera se había recibido la

orden de que a las nueve de la mañana del día 28 de abril fueran llevados al Palacio de Justicia tres de los encarcelados: dos mujeres y un hombre. Una de las mujeres, por ser el criminal más importante, debía ser trasladada aparte. Por tanto, obedeciendo esa orden, el 28 de abril, a las ocho de la mañana, el jefe de los carceleros entró en el oscuro y maloliente corredor del departamento de mujeres. Detrás de él iba una mujer de cara extenuada y cabellos grises rizados. Vestía blusa de manga larga, llevaba galones y cinturón de ribete azul. Era la carcelera.

—¿Viene por la Máslova? —preguntó, acercándose con el guardián de turno a una de las puertas que daban al corredor.

El carcelero hizo chirriar los hierros, quitó el candado y, abriendo la puerta —por la que salió una masa de aire todavía más hediondo que el del corredor—, gritó:

—¡Máslova, al Tribunal! —Y otra vez entornó la puerta, esperando a que saliera.

Incluso en el patio de la cárcel se respiraba el aire puro y vivificante de los campos, traído por el viento a la ciudad. Pero el aire del corredor, pesado, hediondo, impregnado de olor a brea y podredumbre, llenaba de tristeza inmediatamente a todo el que llegaba. Pese a estar acostumbrada al aire viciado, la carcelera que llegó del patio experimentó la misma sensación. De pronto, al entrar en el corredor, se sintió cansada y le entraron ganas de dormir.

En la sala se oía alboroto, voces femeninas y pisadas de pies descalzos.

—¡Muévete más deprisa, Máslova! —gritó el jefe de los carceleros a través de la puerta.

Al cabo de un par de minutos salió por la puerta, con paso vigoroso, se dio una vuelta rápida y se colocó al lado del carcelero una mujer joven, de mediana estatura y senos voluminosos. Encima de la blusa y falda blancas llevaba un guardapolvo gris, medias de algodón y zapatos de presidiaria, y cubría su cabeza con un pañuelo blanco del que asomaban —sin duda intencionadamente— varios rizos negros. Su cara tenía la palidez característica de las personas que han permanecido mucho tiempo en un lugar cerrado, y que recuerda los brotes de las patatas guardadas en un sótano. Así eran también sus pequeñas y anchas manos y su cuello blanco y lleno, que dejaba ver el amplio escote del guardapolvo. En aquel rostro de palidez mate resaltaban unos ojos negros muy brillantes, algo hinchados, pero muy vivos, uno de los cuales bizqueaba ligeramente. Se mantenía muy erguida, sacando el voluminoso busto. Al salir al corredor inclinó un poco la cabeza, miró fijamente a los ojos del guardián y se detuvo dispuesta a cumplir lo que se le exigiera. El guardián iba a cerrar la puerta cuando se asomó el rostro pálido de una vieja, grave, surcado de arrugas y con el pelo canoso. Empezó a decir algo a Máslova. Pero el guardián empujó la puerta sobre la cabeza de la vieja y esta desapareció. En la sala se oyó una risa femenina. Máslova también sonrió, y se volvió a la pequeña mirilla enrejada de la puerta. Del otro lado, la vieja, que se había acercado, dijo con voz ronca:

—Pero sobre todo, no hables más de la cuenta. Mantente en una cosa, y se acabó.

—A decir verdad, es lo mismo. Sea una cosa u otra, ya no podrá ser peor —dijo Máslova sacudiendo la cabeza.

—Ya se sabe que será una cosa y no dos —comentó el jefe de los carceleros, convencido de su ingenio—. ¡Sígueme! ¡En marcha!

El ojo de la vieja desapareció de la mirilla; Máslova salió al centro del corredor y, con pasos rápidos y menudos, siguió detrás del jefe de los carceleros. Bajaron la escalera de piedra y pasaron ante las salas de los hombres, todavía más ruidosas y malolientes que las de las mujeres, desde las cuales, por todas partes, les acompañaban los ojos a través de las mirillas. Entraron en la oficina, donde ya esperaban dos soldados de escolta con fusiles. El escribiente, que estaba sentado, entregó a uno de los soldados un papel impregnado de humo de tabaco y, señalando a la detenida, le dijo: «Hazte cargo de ella». El soldado —un campesino de Nizhni Nóvgorod, de cara colorada y picada de viruelas— guardó el papel en la bocamanga del capote, sonrió e hizo un guiño a su compañero —un hombre de pómulos anchos—, aludiendo a la detenida. Los soldados y Máslova bajaron la escalera, dirigiéndose hacia la salida principal.

En la puerta principal se abrió el rastrillo y, atravesando el umbral hacia el patio, los soldados con la detenida salieron del recinto y se encaminaron por las empedradas calles de la ciudad.

Cocheros, dependientes, cocineras, obreros y empleados se paraban y miraban con curiosidad a la detenida; algunos movían la cabeza y pensaban: «He aquí a lo que conduce una mala conducta, distinta a la nuestra». Los niños miraban con terror a la criminal; solo les tranquilizaba que la seguían dos soldados, y que ahora ya no podría hacer daño. Un campesino, que acababa de vender carbón en una taberna y de beber té, se acercó a ella, se santiguó y le entregó un copec. La detenida se ruborizó, inclinó la cabeza y murmuró algo.

Sintiendo las miradas que le dirigían, y sin volver la cabeza, Máslova miraba de reojo. Le agradaba que se fijasen en ella. También le alegraba el aire limpio y primaveral, muy distinto del de la cárcel. Pero se hacía daño al pisar las piedras, había perdido la costumbre de andar y el calzado de presidiaria era basto e incómodo. Miraba el suelo y procuraba pisar lo mejor posible. Al pasar junto a una tienda de harinas, ante la cual se contorneaban, sin ser molestadas por nadie, unas palomas, estuvo a punto de enganchar una. La paloma echó a volar y, agitando las alas, pasó junto a la oreja de la detenida, llenándola de aire. Sonrió y, después, suspiró profundamente, recordando su situación.

II

LA HISTORIA DE LA DETENIDA era muy corriente. Máslova era hija de soltera que vivía en un pueblo en compañía de su madre. Ambas guardaban el ganado en la finca de dos propietarias solteronas. La madre soltera daba a luz cada año; como era costumbre generalizada en los pueblos, se bautizaba a la criatura que, además de no ser deseada ni necesaria suponía un estorbo para el trabajo, por lo que la madre dejaba de alimentarla y pronto moría de hambre.

De esta forma murieron cinco niños. A todos se les bautizó y dejó morir de hambre. La sexta criatura —engendrada por un gitano que pasó por el pueblo— era una niña. Habría sufrido el mismo destino si una de las ancianas señoritas no hubiese entrado en el establo para regañar a las vaqueras porque la crema de la leche olía a vaca. Allí se encontraba la parturienta con una criatura sana y encantadora. La anciana señorita les amonestó no solo por la crema, sino por haber dejado entrar en el establo a la parturienta. Ya se marchaba cuando se fijó en la criatura, se enterneció al verla y se ofreció a ser su madrina. Bautizó a la niña y después, compadeciéndose de su ahijada, le daba leche y dinero a la madre, por lo que de este modo la niña pudo sobrevivir. Las ancianas señoritas la llamaban «la salvada». Cuando la criatura tenía tres años, su madre murió. Como para la abuela la pequeña suponía una carga excesiva, las solteronas se llevaron entonces a la niña a su casa. La pequeña, de ojos negros, resultó extraordinariamente vivaracha y bonita, para deleite de las ancianas solteronas.

Sofía Ivánovna, la madrina de la niña, era la hermana menor y la más bondadosa; María Ivánovna, la mayor, se mostraba más severa. Sofía Ivánovna vestía a la niña con elegancia, le enseñaba a leer y hasta quería prohijarla. En cambio, María Ivánovna opinaba que debían convertirla en una buena doncella. Se mostraba muy exigente, le castigaba e incluso le pegaba cuando estaba de mal humor. La niña creció bajo esas dos influencias. Al convertirse en mujer, resultó medio doncella, medio señorita. Incluso la llamaban con un nombre intermedio: ni Katka ni Kátienka, sino Katiusha. Cosía, arreglaba las habitaciones, limpiaba los marcos, guisaba, hacía la molienda, servía el café, lavoteaba y, a veces, se sentaba con las señoritas y les leía.

Varias veces la habían pedido en matrimonio, pero no quería casarse con nadie. Presentía que la vida con cualquiera de aquellos hombres humildes que la pretendían resultaría difícil para ella, acostumbrada a la agradable vida de los señores.

Así vivió hasta los dieciséis años. Cuando cumplió los diecisiete, llegó a casa de sus señoritas un sobrino, príncipe, joven estudiante y muy rico. Katiusha, sin atreverse a confesarlo ni a él ni a sí misma, se enamoró del estudiante. Después, al cabo de dos años, el sobrino se detuvo cuatro días en casa de sus tías, de camino para incorporarse

a la guerra. La víspera de su marcha sedujo a Katiusha y, deslizándole un billete de cien rublos, se marchó. Cinco meses después de su partida, ella supo con certeza que estaba embarazada.

Desde entonces todo se le volvió aborrecible y solo pensaba en la forma de librarse de aquella vergüenza que le acechaba. Empezó a servir a las señoritas no solo con desgana y mal, sino que —sin saber cómo— un día se violentó con ellas. Soltó una serie de groserías, de las que más tarde se arrepentiría, y pidió la cuenta.

Las señoritas, muy descontentas con su actitud, la dejaron marchar. Se colocó entonces de doncella en casa de un jefe de Policía Rural. Pero allí solo pudo vivir tres meses, porque este —un viejo cincuentón— la acosaba con sus galanteos. En una ocasión, cuando se mostró muy apremiante, Katiusha, fuera de sí, le llamó tonto, viejo endemoniado, y le dio tal empujón en el pecho que le tiró al suelo. La despidieron por grosera. Se instaló en casa de una viuda comadrona, que poseía una taberna. El parto resultó fácil, pero la comadrona, que acababa de asistir en el pueblo a una enferma, contagió a Katiusha de fiebres puerperales. Al recién nacido lo llevaron a la inclusa, donde —según contó la vieja encargada de hacerlo— murió nada más llegar.

Todo el dinero que tenía Katiusha cuando fue a parar a casa de la matrona eran ciento veintisiete rublos: veintisiete que había ganado y cien que le había dado su seductor. Cuando salió de aquella casa, solo le quedaban seis. No sabía ahorrar, gastaba en ella y con todos los que le pedían. La comadrona le había cobrado por dos meses de pensión —la comida y el té— cuarenta rublos y otros veinticinco por llevar al niño a la inclusa. Además, le había sacado otros cuarenta rublos prestados para comprar una vaca. Katiusha gastó veinte rublos en vestidos y regalos, de forma que cuando se restableció no tenía dinero, y necesitaba buscar un empleo. Encontró trabajo de criada en casa de un inspector forestal. Era casado, pero lo mismo que el jefe de policía, empezó a acosar a Katiusha desde el primer día. Le resultaba repugnante, por lo que la muchacha trataba de evitarlo. Pero era más astuto, con más experiencia que ella y, sobre todo, el amo. Podía mandarla donde quisiera, y, en un momento propicio, aprovechó para poseerla. La mujer del inspector encontró una vez al marido en la habitación de Katiusha, y se abalanzó sobre ella para pegarle. Katiusha trató de defenderse y se organizó una pelea, a consecuencia de la cual la echaron de la casa sin pagarle. Se marchó entonces a la ciudad y se instaló en casa de una tía suya. El marido, que trabajaba como encuadernador y había vivido bien, al perder a todos sus clientes se dio a la bebida. Todo lo que caía en sus manos lo vendía para beber.

La tía de Katiusha poseía un pequeño establecimiento de lavado y planchado, con lo que sacaba adelante la casa y mantenía al inútil del marido. La tía ofreció a Máslova un puesto de lavandera, pero viendo la penosa vida que llevaban las lavanderas, Máslova no se decidió y empezó a buscar colocación de criada a través de

agencias. Encontró trabajo en casa de una señora que vivía con sus dos hijos, estudiantes de instituto. Una semana después de entrar allí, el mayor —un muchacho al que apenas le apuntaba el bigote y cursaba sexto de bachillerato— abandonó los estudios y acosaba a Máslova, cortejándola con insistencia. La madre culpó de todo a la muchacha, y la despidió. Se sentía incapaz de encontrar un nuevo trabajo, pero al llegar a la agencia de colocación de criadas, Máslova se encontró con una señora muy ensortijada y llena de pulseras sobre los brazos rollizos y desnudos. La señora, enterada de su situación y de que buscaba empleo, la invitó a su casa. Máslova aceptó. La señora la recibió cariñosamente, la ofreció pastelillos y vino dulce, y mandó a la doncella con una notita a casa de alguien. Por la noche entró en la habitación un hombre alto, de largos cabellos entrecanos y barba gris. El viejo se sentó inmediatamente junto a Máslova y, con los ojos brillantes y una sonrisa en los labios, empezó a mirarla y a gargarle bromas. La dueña de la casa lo llamó a otra habitación, y Máslova oyó que le decía: «Es una muchacha lozana, una auténtica campesina». Más tarde, la dueña llamó a Máslova, le contó que se trataba de un escritor y que era tan rico que no escatimaría nada si ella le agradaba. La chica le gustó. El escritor le dio veinticinco rublos y le prometió visitarla con frecuencia. El dinero se fue rápidamente: pagó a su tía por el tiempo que había vivido en su casa, se compró un vestido nuevo, un sombrero y cintas. Al cabo de unos días, el escritor la mandó buscar. Katiusha acudió. Le dio otros veinticinco rublos y le ofreció instalarla en un piso.

Mientras vivía en el piso alquilado por el escritor, Máslova se enamoró de un simpático dependiente que residía en la misma casa. Ella misma se lo contó al escritor, y se mudó a un piso más pequeño. El dependiente, que había prometido casarse con ella, un día la abandonó para marcharse a Nizhni Nóvgorod sin darle explicaciones, y Máslova se quedó sola. Quería seguir en aquel piso, pero no se lo autorizaron. Un policía le advirtió de que para llevar esa vida debía obtener una tarjeta amarilla y someterse a reconocimiento médico. Fue entonces cuando regresó de nuevo a casa de su tía. Esta, al verla con un vestido moderno, una capa y un sombrero la recibió con respeto y ya no se atrevió a ofrecerle el puesto de lavandera, creyendo que había alcanzado un nivel de vida más alto. Máslova tampoco dudaba ya si debía o no convertirse en lavandera. Miraba compasivamente el duro trabajo que realizaban las lavanderas: mujeres pálidas, de brazos delgados, algunas de ellas tuberculosas por lavar y planchar en un ambiente de treinta grados de temperatura, lleno de vaho, en habitaciones interiores con las ventanas abiertas tanto en verano como en invierno, por lo que le aterraba la idea de verse sumida en un trabajo tan horrible.

Y precisamente en esa época, la más desastrosa para Máslova ya que no encontraba ningún protector, llegó en su busca una celestina que proporcionaba muchachas a un prostíbulo.

Hacía mucho que Máslova se había acostumbrado a fumar, pero en la última etapa de su relación con el dependiente, y sobre todo desde que este la abandonara, también había empezado a beber. El vino no solo le gustaba por su sabor, sino porque le ofrecía la posibilidad de olvidar lo que había sufrido y le daba soltura y seguridad en sí misma, algo que solo conseguía bebiendo. Cuando no lo hacía siempre la acometía una sensación de aburrimiento y vergüenza.

La celestina obsequió a la tía y, después de emborrachar a Máslova, le propuso ingresar en el mejor prostíbulo de la ciudad, exponiéndole todas las ventajas y privilegios de esa situación. Ante Máslova se planteaba la elección: la humillación de trabajar como criada —con el convencimiento de que sería perseguida por los hombres y caería en una prostitución clandestina y precaria— o de prostituta, asegurada, tranquila, bien remunerada y protegida por la ley. Y eligió lo último. De esta forma, además, pensaba vengarse de su seductor, del dependiente y de cuantos le habían hecho daño. Por otro lado —y este fue uno de los principales motivos para su decisión definitiva—, la celestina le dijo que podría encargarse todos los vestidos que quisiera: de terciopelo, de falla, de seda, trajes de baile con los hombros y los brazos descubiertos... Cuando Máslova se imaginó con un vestido de seda amarillo, escotado y adornado de terciopelo negro, no pudo resistir a la tentación y firmó el contrato. Aquella misma noche, la celestina alquiló un coche y la llevó a la famosa casa de la Kitáieva.

Desde aquel momento empezó para Máslova la vida de incesante violación de las leyes divinas y humanas que llevaban cientos de miles de mujeres —no solo con la autorización sino hasta con la protección del Gobierno, preocupado por la felicidad de sus súbditos—, y que para nueve de cada diez mujeres terminaba en enfermedades atroces, decrepitud física y muerte prematura.

Durante la mañana y parte de la tarde, tras la orgía nocturna, dormía con un sueño pesado. A las tres o las cuatro de la tarde, se levantaba cansada del sucio lecho, bebía agua de Seltz para la resaca, tomaba café, deambulaba perezosamente por las habitaciones con bata, chaqueta o blusa, miraba a la calle a través de los visillos y discutía ligeramente con sus compañeras. Luego venía el baño, las cremas, el perfume para el cuerpo y el pelo, la prueba de los vestidos, las discusiones con la patrona a causa de la forma de vestir, el mirarse en el espejo, el pintarse las mejillas y las cejas, y comer manjares dulces y grasientos. Más tarde, se ponía un vestido de seda de color vivo, muy ajustado al cuerpo, y entraba en la sala, fuertemente iluminada, para esperar a los clientes. Allí, entre música, bailes, bombones, vino y tabaco, se entregaba al libertinaje con hombres jóvenes, maduros, adolescentes y viejos decrepitos, solteros, casados, comerciantes, dependientes, armenios, judíos, tártaros, ricos, pobres, sanos, enfermos, borrachos, abstemios, groseros, educados, militares, paisanos, estudiantes, universitarios, de todas las clases sociales imaginables, edades y caracteres. Gritos y

bromas, peleas y música, tabaco y vino, vino y tabaco, y música desde el atardecer hasta que amanecía. Y solo por la mañana llegaba la liberación y un sueño pesado. Así todos los días del año. Al final de cada semana acudía a la comisaría, donde los médicos —funcionarios del Estado—, unas veces serios y severos y otras con juguetera alegría, quebrantando el pudor —ese don que la naturaleza ha otorgado no solo a los seres humanos, sino también a los animales para salvaguardarse del crimen—, la reconocían y le daban autorización para seguir cometiendo aquellos delitos con sus semejantes otros siete días más. Y siempre lo mismo, en verano e invierno, en días laborables y festivos.

De esta forma vivió Máslova por espacio de siete años. Durante este tiempo cambió dos veces de casa y estuvo una vez en el hospital. Al séptimo año de residencia en el prostíbulo y al octavo de su primer desliz, cuando cumplió los veintiséis años, ocurrió el hecho por el que la conducían ahora al Tribunal, después de haber permanecido seis meses en la cárcel entre criminales y ladronas.

III

MIENTRAS MÁSLOVA, agotada por la larga caminata, se acercaba al edificio del Palacio de Justicia, escoltada por los soldados, el sobrino de sus antiguas señoras, el príncipe Dimitri Ivánovich Nejlíúdvov, que la había seducido, permanecía todavía acostado sobre el colchón de plumas de su alta cama de muelles. Tenía desabrochado el cuello del camisón limpio, de hilo de Holanda, con plieguecitos bien planchados, y fumaba un cigarrillo. Con los ojos fijos en un punto, pensaba en lo que tenía que hacer aquel día, y en lo que había hecho la víspera.

Al recordar la velada de la noche anterior en casa de los Korchaguin —una familia rica y famosa, con cuya hija esperaban que se casase—, suspiró, tiró la punta del cigarrillo y quiso sacar otro de la pitillera de plata. Pero, cambiando de idea, bajó de la cama los pies blancos y finos, buscó con ellos las zapatillas, se echó sobre los anchos hombros una bata de seda y se dirigió con paso rápido y pesado al tocador, contiguo al dormitorio, donde olía a elixir, agua de colonia, fijador y perfume. Allí, con unos polvos especiales se limpió los dientes —tenía varios empastados— y se enjuagó la boca con elixir aromático. Después de lavarse las manos con jabón perfumado y limpiarse cuidadosamente las uñas con un cepillo, se lavó la cara y el ancho cuello, en un gran lavabo de mármol. Fue a una tercera habitación, donde estaba instalada la ducha. Se duchó con agua fría el cuerpo blanco, musculoso, que presentaba cierta obesidad, y se secó en una enorme toalla de felpa. Una vez vestido

con ropa limpia y planchada, se puso los zapatos relucientes como un espejo, y se sentó ante el tocador para cepillarse la pequeña y rizada barba y los cabellos ensortijados, algo ralos en la parte delantera, con dos cepillos.

Todas las cosas de su uso personal —ropa, trajes, calzado, alfileres, gemelos— eran de los más caros y de la mejor calidad, aunque prácticos y sencillos.

Cogió entre innumerables corbatas y alfileres los primeros que le cayeron a mano —en otros tiempos la elección de una corbata era algo nuevo y divertido, pero ahora le tenía sin cuidado—. Nejliúдов se había puesto el traje que estaba en la silla, cepillado y preparado. Salió de la habitación no completamente fresco, pero al menos limpio y perfumado. En el gran comedor, cuyo parqué habían encerado la víspera tres hombres, había un gran aparador de roble y una mesa colosal de la misma madera, cuyas anchas patas esculpidas, imitando garras de león, tenían algo de solemne. Sobre la mesa, cubierta con un fino mantel almidonado y grandes iniciales bordadas, había una cafetera de plata con aromático café, un azucarero, una jarra con crema de leche caliente y una cesta con bollos tiernos, pan tostado y bizcochos. Al lado del servicio se encontraba el correo, los periódicos y una revista nueva: *Revue des Deux Mondes*. Nejliúдов se disponía a abrir la correspondencia, cuando por la puerta que daba al pasillo apareció una mujer gruesa, madura, vestida de luto con una mantilla de encaje en la cabeza, que ocultaba la raya un poco ancha de su pelo. Era Agrafena Petrovna, doncella de la madre de Nejliúдов, fallecida hacía poco en aquella misma casa, que se había quedado con él en calidad de ama de llaves.

Agrafena Petrovna, acompañando a la madre de Nejliúдов, había pasado diez años en el extranjero, en distintas épocas; tenía el aspecto y los modales de una señora. Vivía en casa de los Nejliúдов desde la infancia, y había conocido a Dimitri Ivánovich cuando todavía le llamaban Mítienka.

—Buenos días, Dimitri Ivánovich.

—Muy buenos, Agrafena Petrovna. ¿Qué hay de nuevo? —preguntó Nejliúдов, en tono de broma.

—Una carta de la princesa o de su hija. Hace un rato que la ha traído una doncella, y espera en mi habitación —contestó Agrafena Petrovna, entregándole la carta con una sonrisa significativa.

—Está bien, ahora contestaré —dijo Nejliúдов cogiendo la carta, y frunciendo el ceño al notar la sonrisa de Agrafena Petrovna.

Aquella sonrisa significaba que había escrito la princesa Korcháguina, con la cual —según Agrafena Petrovna— iba a casarse Nejliúдов. Esta suposición, expresada por la sonrisa del ama de llaves, le resultó desagradable.

—Entonces voy a decirle que espere —dijo Agrafena Petrovna, cogiendo un cepillito para barrer las migas de la mesa que no estaba en su sitio; lo colocó en otro lugar y salió del comedor.

Nejliúдов abrió la carta perfumada —que acababa de entregarle Agrafena Petrovna— y se puso a leerla.

Cumpliendo la obligación que me he impuesto de ser su memoria —venía escrito en una hoja gruesa de papel gris, con letra picuda y ampulosa—, le recuerdo que hoy, 28 de abril, tiene que formar parte del jurado en el Tribunal y que, por tanto, no puede venir con nosotros y Kolosov a la exposición de cuadros, como nos prometió con su habitual ligereza. *A moins que vous ne soyez disposé à payer à la Cour d'assises les 300 roubles d'amande, que vous vous refusez pour votre cheval*¹. Me acordé de esto ayer, nada más marcharse Vd. Así pues, no lo olvide.

Princesa M. KORCHÁGUINA

Al otro lado había escrito:

*Maman vous fait dire que votre couvert vous attendra jusqu'à la nuit. Venez absolument à n'importe quelle heure*².

M. K.

Nejliúдов frunció el ceño. Aquella nota era la continuación de esa artística labor que, desde hacía dos meses, llevaba a cabo la princesa Korcháguina, y que consistía en unirlo a ella cada vez más con unos lazos invisibles. Además de la indecisión habitual que experimentan ante el casamiento los hombres ya no muy jóvenes ni apasionadamente enamorados, Nejliúдов tenía otro importante motivo por el que —aun cuando se hubiera decidido— no podía declararse. No consistía, ni mucho menos, en que diez años antes sedujera a Katiusha, abandonándola. Eso lo había olvidado por completo, aunque tampoco lo hubiese considerado un impedimento para su matrimonio. El hecho era que mantenía relaciones con una mujer casada, y si bien habían sido rotas por su parte, la mujer no lo consideraba así.

Nejliúдов era muy tímido con las mujeres, y precisamente esa timidez le inspiró a aquella mujer casada el deseo de conquistarlo. Era la esposa del mariscal de la nobleza de una comarca donde Nejliúдов tenía fincas y en cuyas elecciones tomó parte. Esas relaciones le absorbían más cada día, aunque al mismo tiempo se le hacían penosas. Al principio, no pudo resistirse y se dejó llevar. Pero más tarde, sintiéndose culpable ante ella, no se decidía a romper sin su consentimiento. Este

¹ «A menos que esté dispuesto a pagar en el Tribunal los 300 rublos de multa, que no se permite gastar en un caballo». (Todas las notas en las que no se indique otra procedencia son del traductor).

² «Mamá me encarga que le diga que su cubierto le esperará hasta la noche. Venga sin falta, a la hora que sea».

era el motivo por el que Nejliúдов se consideraba sin derecho a pedir la mano de la princesa Korcháguina, aunque hubiese querido hacerlo.

Precisamente en la mesa había una carta del marido de esa mujer.

Al ver la letra y el sello, Nejliúдов enrojeció y experimentó enseguida aquel ímpetu de energía que le embargaba ante el peligro. Pero su alteración fue inútil: el marido, que ostentaba la representación de los nobles del mismo lugar donde Nejliúдов tenía sus principales fincas, le participaba que a fines de mayo se celebraría una reunión extraordinaria del *zemstvo*³ y le rogaba que no dejara de venir a «*donner un coup d'épouaule*»⁴ en los asuntos importantes que se discutirían acerca de las escuelas y los caminos vecinales, ya que esperaba una violenta oposición del partido reaccionario.

El mariscal de la nobleza era un hombre liberal, luchaba junto con otros hombres de las mismas ideas contra la reacción que se había producido durante el reinado de Alejandro III y estaba tan absorbido por esa lucha que ignoraba por completo lo que acontecía en su desgraciada vida familiar.

Nejliúдов recordó todos los momentos dolorosos que había pasado a causa de aquel hombre. En una ocasión, creyendo que se había enterado de sus relaciones con su mujer, estuvo dispuesto a batirse en duelo con la intención de disparar al aire. También recordó la horrible escena con su amante, cuando corrió desesperada al jardín para arrojarle al estanque y él fue a buscarla. «No soy capaz de ir ni tampoco de emprender nada nuevo mientras no me conteste», pensó Nejliúдов. Una semana antes le había escrito una carta en términos categóricos, en la que se reconocía culpable y dispuesto a cualquier sacrificio, pero así y todo consideraba que para el bien de ella las relaciones estaban terminadas para siempre. Esperaba, intranquilo, una contestación, pero no la recibía. Y esto era, en parte, un buen síntoma. De no haber accedido a la ruptura le habría escrito rápidamente o, incluso, hubiera venido, como hizo en otras ocasiones. Nejliúдов oyó decir que la cortejaba cierto oficial y, aunque esto provocaba sus celos, se alegraba al mismo tiempo con la esperanza de verse libre de esta situación que tanto le hacía sufrir.

También recibió una carta del administrador de sus bienes. Le decía que era imprescindible su presencia para legalizar los derechos de heredero y decidir cómo debían administrarse las fincas. Necesitaba saber si la administración debía continuar como en tiempos de la difunta princesa o si, como ya había propuesto ella, era preciso aumentar la maquinaria y cultivar las tierras en manos de los campesinos. El administrador aseguraba que de este modo la explotación resultaría mucho más

³ Nombre que recibían desde 1864 los órganos locales de administración en la Rusia rural.

⁴ Participar con su ayuda.

ventajosa. Al mismo tiempo se disculpaba por haber retrasado el envío de los tres mil rublos que tenía que haberle mandado a primeros de mes. Se los enviaría en el próximo correo. Se debía este retraso a tal despreocupación de los campesinos que había sido necesario recurrir a la fuerza para cobrar. A Nejlíúrov esta carta le resultó a la vez agradable y desagradable. Le agradaba ser dueño de una gran fortuna, y le desagradaba porque en su juventud había sido partidario entusiasta de Herbert Spencer y le habían impresionado sus teorías, expuestas en *Social Statics*, acerca de que la justicia no admite la propiedad individual sobre las tierras. Con la rectitud y la decisión propias de la juventud, no solo había propagado que la tierra no puede ser propiedad individual y no solo escribía en la universidad artículos sobre esto, sino que en realidad cedió a los campesinos una pequeña parte —que no eran de su madre sino que había heredado directamente de su padre—, no queriendo vivir en contra de sus principios como propietario de tierras. Ahora que por herencia se había convertido en un gran propietario, tenía que elegir entre dos cosas: renunciar a sus dominios, como había hecho diez años antes con las doscientas *desiátinas*⁵ de tierra de su padre, o reconocer tácitamente como erróneas y falsas todas sus antiguas ideas.

No podía hacer lo primero porque no tenía otro medio de subsistencia salvo las tierras. No quería volver al Ejército y, por otra parte, se había acostumbrado a llevar una vida de lujo y consideraba que no podía abandonarla. Además, no tenía por qué hacerlo, ya que carecía de aquella fuerte convicción, aquella decisión, aquella ambición y deseo de asombrar a los demás que tuvo en su juventud. Pero tampoco podía renegar de los principios incontrovertibles acerca de la ilegalidad de la propiedad individual sobre la tierra, expuestos en *Social Statics*, de Spencer, ni de las brillantes confirmaciones que encontró después, mucho más tarde, en las obras de Henry George.

Por eso la carta del administrador le produjo una desagradable impresión.

IV

DESPUÉS DE TOMAR CAFÉ, Nejlíúrov fue al despacho para comprobar a qué hora tenía que estar en el Juzgado, y contestar a la princesa. Para ir al despacho era preciso pasar por el estudio. En el estudio había un caballete con un cuadro sin terminar, colocado al revés, y muchos bocetos por las paredes. Al ver el cuadro —en el que había trabajado

⁵ Antigua unidad de medida que equivale a 1,09 hectáreas.

durante dos años—, los bocetos y todo el estudio, recordó la sensación de incapacidad que tenía para progresar en pintura. Esta sensación la explicaba por un sentido de estética, demasiado desarrollado, pero así y todo le resultaba desagradable.

Siete años antes abandonó la carrera militar, creyendo que tenía vocación para la pintura. A partir de entonces, consideraba las demás actividades con cierto desprecio. Ahora resultaba que no tenía ningún derecho. Por ello, cualquier recuerdo sobre esta le resultaba desagradable. Contempló con una sensación penosa el confortable estudio y entró en el despacho con una triste disposición de ánimo. Era una habitación grande, de techos altos, con toda clase de adornos, muebles y comodidades.

Enseguida buscó en un gran cajón de la mesa, donde estaban los papeles urgentes, la citación del Juzgado. En ella se le comunicaba que tenía que estar en el Juzgado a las once. Nejliúдов se sentó a escribir una nota a la princesa, en la que le agradecía la invitación y le prometía hacer lo posible para asistir a la comida. Pero una vez escrita, la rompió porque le resultaba demasiado íntima. Redactó otra, que le pareció fría y casi ofensiva. La rompió también, y tocó el timbre. En la puerta apareció un lacayo de edad, rostro afeitado, grandes patillas, aspecto severo, con un delantal gris.

—Por favor, mande a buscar un cochero.

—Está bien, señor.

—Diga también a la doncella de los Korchaguin, que está esperando, que les agradezco la invitación y que haré lo posible por ir.

—Está bien, señor.

«Es una descortesía, pero no puedo escribirle. Es igual, la veré luego», pensó Nejliúдов, y fue a terminar de vestirse.

Cuando salió a la escalinata, ya le esperaba un cochero conocido. El carruaje tenía llantas de goma.

—Ayer, cuando fui a buscarle a casa del príncipe Korchaguin, acababa usted de marcharse —dijo el cochero, volviendo a medias su robusto cuello curtido que asomaba de la camisa blanca—. El portero me dijo: «Acaba de marcharse».

«Hasta los cocheros están enterados de mis relaciones con los Korchaguin», pensó Nejliúдов. Y surgió la interrogante que le preocupaba continuamente en los últimos tiempos: ¿debía o no casarse con la princesa Korcháguina? Como en la mayoría de los problemas que se planteaba en aquella época, no era capaz de resolverlo en un sentido o en otro.

En favor del matrimonio había en general dos consideraciones. Aparte del placer de poseer un hogar, podía abandonar su irregular vida sexual y tener hijos; confiaba en que la familia, los hijos, darían un sentido a su actual existencia vacía. Esto, en favor del matrimonio. En contra, estaba ese miedo que tienen los hombres de cierta

edad a perder su libertad y, además, el temor inconsciente ante el misterio que encierra toda mujer.

En pro del casamiento, precisamente con Missy —Korcháguina se llamaba María, pero como hacen todas las familias de nivel social importante, le habían puesto un apodo—, estaba su distinción; desde la forma de vestirse hasta la de hablar, andar, reírse y destacarse de la gente corriente no con algo exclusivo, sino con «probidad», Nejliúдов no conocía otra expresión para determinar esa cualidad, que apreciaba altamente. Además, ella le consideraba por encima de todos los hombres y, según él, le comprendía. Esa comprensión, el que reconociera sus cualidades, era para él una prueba de su inteligencia y de la exactitud de sus opiniones. Pero también en contra del matrimonio con Missy estaba, en primer lugar, la posibilidad de encontrar una muchacha que poseyera todavía mayor número de cualidades que ella y, por tanto, más digna de él. Por otro lado, al tener veintisiete años, a Nejliúдов le hacía sufrir la idea de que seguramente ya había tenido otros amores. Su orgullo no admitía que en el pasado hubiese podido amar a otro. Naturalmente, la muchacha ignoraba que le fuera a encontrar; pero la sola idea de que hubiese podido amar a cualquier otro antes le ofendía.

Así que había tantos motivos en favor como en contra o, por lo menos, estaban equilibrados. Y Nejliúдов, riéndose de sí mismo, se consideraba como el asno de Buridan y no acertaba a decidirse por ninguno de los dos haces.

«Por otra parte, hasta que no reciba contestación de María Vasílievna —la esposa del mariscal de la nobleza— y no rompa definitivamente con ella, no puedo realizar nada», se dijo. Le resultaba agradable encontrar un motivo por el que podía y debía aplazar esta decisión.

«Reflexionaré después sobre todo esto», se dijo, cuando su coche, completamente silencioso, se acercaba ya a la entrada de asfalto del Palacio de Justicia.

«Ahora debo cumplir concienzudamente, como lo hago siempre y considero un deber, mi obligación para con la sociedad. Además, a menudo esto suele ser interesante», se dijo mientras pasaba ante el portero para entrar en el vestíbulo del Palacio de Justicia.

V

CUANDO NEJLIÚDOV ENTRÓ, había gran movimiento por los pasillos del Tribunal.

Los ordenanzas iban deprisa, sin levantar los pies del suelo, arrastrándolos, sofocados, corriendo de un lado para otro, con recados y papeles. Ujieres, abogados, jueces pasaban a uno y otro lado; litigantes y acusados —sin vigilancia— deambulaban con desaliento o permanecían sentados, esperando.

—¿Dónde está el juzgado del distrito? —preguntó Nejliúdiv a un ordenanza.

—¿Cuál le interesa? ¿El civil o el criminal?

—Soy jurado.

—Entonces es la sección criminal. Haber empezado por ahí. Vaya por aquí a la derecha, después a la izquierda, y la segunda puerta.

Nejliúdiv siguió según le habían indicado.

Dos hombres esperaban delante de la puerta: uno, un comerciante alto y gordo, de aspecto bondadoso, que se encontraba en alegre disposición de ánimo porque —por lo visto— acababa de echar un trago y comer algo. El otro era un dependiente de origen hebreo. Estaban hablando de los precios de la lana cuando se les acercó Nejliúdiv, y les preguntó si era ahí la sala de los jurados.

—Aquí es; sí, señor. ¿También usted es jurado? —preguntó el comerciante de aspecto bondadoso, guiñando alegremente un ojo—. Bueno, pues trabajaremos juntos —continuó al oír la afirmativa respuesta de Nejliúdiv—; soy comerciante de segunda⁶, me llamó Bakláshov —añadió, mientras tendía su mano, blanda y ancha, que no se podía abarcar—. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

Nejliúdiv se presentó, y pasó a la sala de los jurados.

En una pequeña estancia había diez personas de diversas categorías sociales. Todos acababan de llegar: algunos permanecían sentados, otros andaban examinándose mutuamente y presentándose. Había un militar retirado con uniforme, los demás llevaban levitas o chaquetas y solo uno vestía *podiovka*⁷.

Todos daban la sensación de estar contentos, a pesar de que muchos de ellos habían tenido que dejar sus ocupaciones y aquello les molestaba, pero expresaban cierta satisfacción por la idea de que iban a cumplir un importante deber social.

Algunos de los jurados se conocían y otros tan solo se figuraban quiénes eran sus compañeros. Hablaban del tiempo, de que la primavera se había adelantado, y del proceso en el que iban a intervenir. Los que no conocían a Nejliúdiv se apresuraron a trabar conocimiento con él, considerando, sin duda, que esto era un honor especial. Nejliúdiv, como siempre que se encontraba entre gente desconocida, lo tomaba como un deber. Si le hubieran preguntado por qué se consideraba por encima de la mayoría de la gente, no hubiera podido contestar, ya que en su vida no había méritos especiales. El hecho de que supiese bien inglés, francés y alemán, como el que sus trajes, corbatas y gemelos fueran de los mejores proveedores, no era razón en ningún modo —él mismo lo comprendía— para considerarse superior. Y, sin embargo, tenía

⁶ División tradicional de los gremios de comerciantes en corporaciones (*guildi* en ruso) diferenciadas por su categoría e impuestos.

⁷ Chaqueta larga que se abrocha a un lado.

conciencia de serlo y aceptaba las muestras de respeto como algo que se le debía, sintiéndose ofendido siempre que no era así. Precisamente en la sala de los jurados tuvo que experimentar esta desagradable sensación. Entre los jurados se encontraba un conocido de Nejliúдов. Era Piotr Guerasímovich —Nejliúдов ignoraba su apellido y hasta se jactaba un poco de ello—, antiguo profesor de los hijos de su hermana. Había terminado los estudios y ahora estaba de profesor en un instituto. A Nejliúдов siempre le había resultado insoportable por su familiaridad, su risa de satisfacción y, en general, por su «vulgaridad», como decía la hermana de Nejliúдов.

—¡Vaya! ¿Usted también ha venido a parar aquí? —se dirigió a Nejliúдов Piotr Guerasímovich con una risa estentórea—. ¿No se ha podido escabullir?

—No he pretendido hacerlo —dijo Nejliúдов, con expresión grave y sombría.

—Bueno, eso es tener valor cívico. Espere un poco, cuando tenga hambre y sueño ¡ya cambiará de parecer! —aseguró con una risa todavía más fuerte Píotr Guerasímovich.

«Es hijo de arcipreste —pensó Nejliúдов—, no tardará en hablarme de tú». Y adoptando una expresión de pena, que solo hubiera sido propia en caso de enterarse de la muerte de todos sus familiares, se apartó de él. Se acercó a un grupo que se había formado en torno a un señor muy alto, de rostro afeitado y aspecto distinguido, que hablaba animadamente. Comentaba un proceso que se estaba celebrando en aquel momento en el Tribunal Civil, como un asunto que conocía perfectamente, y nombraba a los jueces y a los abogados célebres por sus nombres y patronímicos. Contaba el extraordinario giro que un abogado había sabido dar a la causa, una de cuyas partes —una señora anciana—, a pesar de que tenía toda la razón, tendría que pagar una cantidad de dinero a la parte contraria.

—¡Es un abogado genial! —exclamó.

Le escuchaban con respeto, y a los que intentaban hacer alguna observación, les interrumpió como si solo él pudiera conocer a la perfección aquel asunto.

A pesar de que Nejliúдов había llegado tarde, tuvo que esperar mucho. La vista se retrasaba, porque aún no había llegado uno de los miembros del Tribunal.

VI

EL PRESIDENTE LLEGÓ TEMPRANO. Era un hombre alto, grueso y con grandes patillas entrecanas. Estaba casado, pero llevaba una vida licenciosa y su mujer hacía lo mismo. No se molestaban mutuamente. Aquella mañana había recibido una nota de una institutriz suiza, que había vivido con ellos el verano pasado y que ahora estaba en San Petersburgo de paso para el sur, en la cual le explicaba que permanecería en la ciudad entre las tres y las seis, y le esperaba en el hotel Italia. Por eso el

presidente quería empezar cuanto antes la sesión de aquel día con el fin de que le diera tiempo antes de las seis de visitar a aquella muchacha pelirroja, llamada Clara Vasílievna, con la que el verano pasado, en la finca, había iniciado una aventura.

Al entrar en su despacho cerró la puerta con pestillo y sacó del estante inferior de la librería dos pesas de gimnasia. Realizó veinte movimientos hacia arriba, adelante, a un lado, abajo, y luego, por tres veces, hizo una ligera genuflexión, sosteniendo las pesas por encima de la cabeza.

«Nada fortifica tanto como la ducha fría y la gimnasia», pensó palpándose con la mano izquierda, en cuyo anular llevaba un anillo de oro, el bíceps del brazo derecho. Le faltaba hacer el molinete —siempre hacía estos dos ejercicios antes de una larga sesión—, cuando se percató de que la puerta se movía. Alguien quería abrirla. Puso rápidamente las pesas en su sitio y abrió la puerta.

—Perdone —dijo.

Entró en el despacho un miembro del Tribunal, de mediana estatura, hombros altos, rostro taciturno y con lentes de oro.

—Otra vez se retrasa Matvei Nikítich —dijo, descontento.

—Siempre llega tarde —dijo el presidente, poniéndose la toga.

—No me explico cómo no le da vergüenza —continuó el recién venido con enfado, mientras se sentaba y sacaba los cigarrillos.

El miembro del Tribunal era un hombre muy ordenado. Aquella mañana había tenido una discusión desagradable con su mujer porque esta se había gastado el dinero antes de finalizar el mes. Le había pedido dinero adelantado, pero él dijo que no pensaba ceder. Y se organizó un escándalo. Su mujer le dijo que en tal caso no habría comida y que no pensara en comer en su casa. Así había salido, y temía que la mujer mantuviese su amenaza, ya que podía esperarse todo de ella. «Toma, ¿qué te parece? Vive para eso de una forma honrada y moral. Él está contento y alegre; en cambio, yo, siempre sufro», pensó, mirando al presidente, rebosante, sano y alegre, el cual, separando ampliamente los codos, se arreglaba con sus blancas manos las patillas entrecanas, a ambos lados del cuello bordado.

Entró el secretario con un expediente.

—Muchas gracias —dijo el presidente, y encendió un cigarrillo—. ¿Con cuál de los procesos empezamos?

—Me parece que por el del envenenamiento —respondió el secretario con indiferencia.

—Muy bien: el del envenenamiento; empezaremos por él —asintió el presidente, considerando que un asunto así podría terminarse antes de las cuatro y luego se podría marchar—. ¿Y Matvei Nikítich, no ha venido aún?

—No.

—Y Brevé, ¿está aquí?

—Sí —contestó el secretario.

—Si lo ve, dígame que empezaremos por el del envenenamiento.

Brevé era el sustituto del fiscal que debía sostener la acusación.

Al salir al pasillo, el secretario se encontró con Brevé. Con los hombros muy levantados, la toga abierta, una cartera bajo el brazo, casi corriendo, pisaba ruidosamente con los tacones y movía el brazo libre de tal modo que la palma de la mano quedaba casi perpendicular a la dirección que seguía.

—Mijaíl Petróvich quiere saber si está usted dispuesto —le preguntó el secretario.

—Naturalmente, siempre estoy dispuesto —contestó el sustituto del fiscal—. ¿Qué causa va primero?

—La del envenenamiento.

—Magnífico —exclamó el sustituto del fiscal, pero no encontraba aquello tan magnífico, porque no había dormido en toda la noche. Se habían reunido para acompañar a un amigo, bebieron mucho y jugaron a las cartas hasta las dos de la madrugada. Luego, habían ido a buscar unas chicas, precisamente en la misma casa de tolerancia donde seis meses antes había estado Máslova. Así que no le había dado tiempo de leer la causa del envenenamiento, y ahora quería darle un vistazo. El secretario sabía que Brevé no había leído el asunto y por eso, adrede, aconsejó al presidente que empezaran con eso. Era hombre de ideas liberales, casi radicales. Brevé, por el contrario, era conservador y, como todos los alemanes que trabajaban en Rusia, incluso se mostraba en extremo ortodoxo. El secretario no le quería, y envidiaba su puesto.

—¿Cómo va el asunto de los *skoptsy*⁸? —preguntó el secretario.

—Ya he dicho que no puedo —respondió el sustituto del fiscal—. Faltan testigos, así lo haré saber al Tribunal.

—Pero si es lo mismo...

—No puedo —repitió y, moviendo el brazo como antes, pasó a su despacho.

Demoraba la vista de aquella causa, esperando a un testigo cuyas pruebas no eran necesarias y carecían de importancia, solo porque iba a tener lugar en un juzgado cuyo jurado se componía de personas cultas que podían absolver a los *skoptsy*. De acuerdo con el presidente, quería trasladar la causa a una ciudad de provincias, donde habría más campesinos en el jurado y, por tanto, mayor posibilidad de condena.

La animación del pasillo iba en aumento. La mayoría de la gente se concentraba junto a la sala civil, donde se resolvía el proceso del que habló el señor de aspecto

⁸ (Sing.: *skopiets*.) Eunucos, miembros de una secta religiosa que practicaba la castración voluntaria y fue duramente reprimida.

distinguido, aficionado a los asuntos jurídicos. Durante un descanso salió de allí la anciana a quien el genial abogado supo arrebatar sus bienes en favor del hombre de negocios que no tenía derecho sobre ellos. Esto lo sabían los jueces y, sobre todo, el querellante y su abogado, pero la trama urdida era tal que resultaba imposible no despojar a la anciana de sus bienes y no entregarlos al querellante. La viejecita llevaba un elegante vestido y un sombrero con flores enormes. Salió de la sala, se detuvo en el pasillo y, gesticulando con sus brazos cortos y gruesos, repetía, dirigiéndose a su abogado: «¿Qué va a ser esto? Compadézcase de mí, pero ¿qué es esto?». El abogado pensaba en algo, miraba las flores del sombrero y no la escuchaba.

Pisando los talones de la viejecita, salió el célebre abogado —llevaba el plastrón de una blancura deslumbrante y su rostro resplandecía de satisfacción— que había logrado que la anciana de las flores se quedara sin nada y el querellante —que le había dado diez mil rublos— recibiera más de cien mil. Todos los ojos se volvieron hacia el abogado, este lo notó y parecía expresar con todo su ser: «No es preciso hacer testimonio de admiración», y pasó rápidamente ante ellos.

VII

POR FIN LLEGÓ MATVEI NIKÍTICH. El ujier —un hombre delgado, de cuello largo, que arrastraba una pierna y tenía el labio inferior torcido— entró en la sala de los jurados.

Se trataba de un hombre honrado, con estudios universitarios, pero no podía permanecer en ninguna colocación por ser un borracho empedernido. Hacía tres meses que una condesa, protectora de su mujer, le había conseguido esta colocación, y estaba muy satisfecho de continuar en ella.

—Señores, ¿están ya todos? —dijo, poniéndose los lentes y mirando a través de ellos.

—Parece que estamos todos —respondió el alegre comerciante.

—Vamos a comprobarlo —repuso el ujier, y, sacando un papel del bolsillo, empezó a pasar lista mirando a los jurados tan pronto por encima de los lentes como a través de ellos.

—I. M. Nikíforov, consejero de Estado.

—Soy yo —respondió un señor de aspecto distinguido, que estaba al corriente de todos los procedimientos judiciales.

—Iván Semiónovich, coronel retirado.

—Presente —contestó un señor delgado de uniforme.

—Piotr Bakláshov, comerciante de segunda.

—Está —exclamó el comerciante de aspecto bondadoso, sonriendo ampliamente—. ¡Dispuesto!

—Príncipe Dimitri Nejlíúfov, teniente de la Guardia.

—Soy yo —contestó Nejlíúfov.

El ujier hizo una reverencia muy cortés, mientras miraba a Nejlíúfov por encima de los lentes, como si con esto lo distinguiera de los demás.

—Capitán Yuri Dimíttrievich Danchenko, comerciante Grigori Yefímovich Kuleshov, etcétera.

Todos estaban presentes, menos dos.

—Ahora, señores, tengan la bondad de pasar a la sala de audiencia —dijo el ujier con un gesto cortés.

Todos se pusieron en movimiento, cediéndose el paso en la puerta, salieron al pasillo y entraron en la sala.

Era una habitación grande y alargada. En uno de los extremos se alzaba un estrado al que conducían tres peldaños. En el centro del estrado se encontraba una mesa cubierta con un paño verde de flecos más oscuros. Detrás de la mesa había tres sillones con respaldos muy altos de roble esculpido, y detrás de los sillones —en la pared— colgaba un retrato de cuerpo entero de un general de uniforme con banda, una pierna hacia adelante y la mano en la empuñadura del sable. En el rincón de la derecha se hallaba una imagen de Cristo con la corona de espinas, y un atril. En ese mismo lado se alzaba el pequeño estrado del fiscal. Al lado izquierdo, frente a este, en el fondo, estaba la mesa del secretario. Más cerca del público, una barandilla de roble y al otro lado, sin ocupar todavía, el banquillo de los acusados. En la parte derecha del estrado figuraban dos filas de sillas de alto respaldo, destinadas a los miembros del jurado; abajo, las mesas de los abogados. Todo esto ocupaba el fondo de la sala, dividida en dos por una barandilla. En la otra parte había una serie de gradas que llegaban hasta la pared del extremo. En la parte trasera de la sala, en una de las primeras filas, estaban sentadas cuatro mujeres, que debían de ser obreras o criadas, y dos hombres, también trabajadores. Impresionados, al parecer, por el aspecto solemne de la sala, hablaban entre sí tímidamente y en voz baja.

Después de haber hecho entrar a los jurados, el ujier avanzó hacia el centro del estrado y, elevando mucho la voz, como si quisiera asustar a los presentes, gritó:

—Audiencia pública: ¡el Tribunal!

Todos se pusieron en pie, y en el estrado aparecieron los magistrados: el presidente, de músculos desarrollados y grandes patillas; el juez, con lentes de oro, que ahora estaba más taciturno todavía porque justo antes de reunirse se encontró con su cuñado, candidato a funcionario del Tribunal, quien le dijo que había estado con su hermana y esta le hizo saber que no había comida.

—¡Qué le vamos a hacer! Tendremos que ir a una taberna —dijo el cuñado, riéndose.

—No tiene ninguna gracia —replicó el juez, volviéndose aún más taciturno.

Finalmente, el tercer juez, Matvei Nikítich, que siempre llegaba tarde. Era un hombre barbudo, de grandes ojos de expresión bondadosa y párpados caídos. Padecía un catarro intestinal. Aquella mañana, por indicación del médico, había empezado un nuevo régimen y por este motivo se había entretenido en su casa más de lo habitual. Subía al estrado con aire absorto, porque tenía la costumbre de adivinar por medio de toda clase de procedimientos las preguntas que él mismo se hacía. En aquel momento se había dicho que si el número de pasos desde la puerta del despacho hasta el sillón resultaba divisible por tres —sin dejar resto—, el nuevo régimen le curaría el catarro, y que en caso contrario no le curaría. El total de pasos resultaba veintiséis, pero dio un pasito más y se detuvo junto al sillón justo al dar el vigésimo séptimo.

El presidente y los jueces, con sus togas de cuellos bordados en oro, resultaban imponentes. Se daban cuenta de ello, y los tres, sin duda confusos por su propia grandeza, bajando humildemente los ojos, se apresuraron a sentarse en los sillones de respaldos esculpidos, ante la mesa. En esta se veía un objeto triangular, coronado por un águila imperial; unos jarrones de cristal, como los que suelen colocarse con bombones en los aparadores; un tintero, varias plumas, algunas hojas de magnífico papel blanco y lapiceros de distintos tamaños, recién afilados. Junto con los jueces entró también el sustituto del fiscal. Con las mismas prisas, la cartera bajo un brazo, moviendo el otro, pasó a su sitio junto a la ventana, y acto seguido se enfrascó en la lectura y el examen de papeles, aprovechando cada minuto para ponerse al tanto del asunto. Acababa de actuar por cuarta vez como fiscal. Era muy ambicioso y estaba firmemente decidido a hacer una gran carrera, y por eso consideraba indispensable conseguir la condena en todas sus acusaciones. En términos generales, conocía el asunto del envenenamiento y ya había trazado un plan general para su discurso; pero le faltaban algunos datos, y los estaba sacando a toda prisa del sumario.

El secretario, sentado en el extremo opuesto del estrado, había preparado convenientemente los documentos que podían necesitarse durante la vista, y leía un artículo prohibido que había conseguido la víspera. Deseaba comentarlo con el juez de la barba grande, que compartía sus mismas ideas, pero antes necesitaba enterarse bien.